

# De lo débil

Gustavo Cosacov

## I. Indiferente diferencia.

Nunca me ví en mayor dificultad para expresar mis creencias en un tema como el de la debilidad y los débiles. Decir “los débiles” aunque no sea uno de ellos, pensar “lo débil” desde mi propia debilidad, no me resultan acciones indiferentes. Los seres humanos alternativamente somos el lugar de lo fuerte o de lo débil en eterno retorno de lo mismo, náufragos en el oleaje infinito que mece la finitud de las apariencias. Pero la diferencia, la que *da ocasión* para que ella misma tome la forma de oposición fuerte/débil, no podrá ser abolida más que aboliendo el habla. El mundo y las cosas están tramados por lo débil y lo fuerte. La debilidad que hay en la fuerza, la fuerza que hay en la debilidad, no son los términos de una paradoja sino la forma de ser de las cosas en el mundo.

Es evidente que la vida destruye la vida. Hasta el mundo vegetal está configurado como una lucha en la que unos crecen y prolongan su sombra sobre otros que, por recibir menos luz, o menos agua, o menos aire, no crecen, se debilitan, se marchitan, se secan. El mundo animal es más dramático que el mundo vegetal porque es más sensitivo, móvil, sonoro, sanguiinario, pero esencialmente es igual. También en la vida social se manifiesta esta ley terrible. Aquí la debilidad se presenta como anomalía, por oposición a normalidad<sup>1</sup>. Se es normal o anormal, no, simplemente, se es.

---

<sup>1</sup> Ian Hacking en *La domesticación del azar* da cuenta que desde 1820 la palabra normal extiende su campo semántico de la medicina hasta el de las acciones humanas en general y tiene una gran importancia como mediadora en la distinción hecho/valor. Su historia está entrelazada con la de la erosión de la visión del mundo determinista. Pertenece a la familia de conceptos vinculados a la idea de progreso en el siglo XIX y está asociada al desplazamiento de la “naturaleza humana” como tópico de reflexión. Normal y ortogonal son sinónimos en geometría. Por un lado se trata en norma o en orto de lo recto descriptivo. Pero lo recto evaluativo acecha en el fondo de los ángulos rectos: ángulo correcto, buen ángulo. Palabras con esta raíz: ortodoncia, ortopedia, ortopsiquiatría, ortodoxo. Ser y deber son aludidos por la palabra norma, aunque el segundo aspecto es más reciente. La palabra débil también juega con la ambigüedad: ¿describe o valora?

E. Goffman en “Estigma” afirma que, para los normales, “...la persona que tiene un estigma no es totalmente humana”. Cuando reflexiona sobre los “normales” y los “estigmatizados” señala que los primeros “reducen en la práctica, aunque a menudo sin pensarlo”, las “posibilidades de vida” de los segundos.

Y no se trata de una distinción inocente, porque en el plano social la anormalidad resulta, como lo ha señalado René Girard, “criterio preferencial para la selección de los perseguidos”. El conocimiento de la verdad que hay en la mentira de la indiferente diferencia que prima en la vida social, es hoy la condición de toda crítica radical a la época del dominio del mundo.

En este contexto de indiferente diferencia<sup>2</sup> se dan formas de vida intersticiales, formas de la resistencia frente a la exclusión, pero también de *resistencia a la inclusión*. Vida de los bordes cantada por poetas de la orilla, glorificada por pensamientos de banquina, es el mundo de los “desafiliados” del sistema, de los “estigmatizados”, de los “suicidados por la sociedad”.

## II. Dominar obedeciendo.

Asociamos muy fácilmente debilidad con servidumbre y fuerza con señorío. Sin embargo, la conciencia que está dispuesta para la muerte, en la lucha por el reconocimiento, es conciencia de la debilidad. La conciencia que acepta la guerra a muerte es el lugar de la “fuerza” de lo débil. Aquí Simone Weil en su ensayo “*La persona y lo sagrado*” incluido en este número, se equivoca, tal vez, al afirmar que “el materialismo re-

<sup>2</sup> En “Cristianismo sin redención. Nihilismo y religión” el filósofo italiano Vincenzo Vitiello, al exponer el conflicto de la vida consigo misma y el nacimiento de la conciencia trascendental, utiliza la expresión “indiferente diferencia”. No sólo “la vida se nutre de sí” hasta ocurrir el extraño suceso de un viviente que se separa del mundo y se repliega sobre sí mismo sino que éste es el origen de la autoconciencia. En mi texto utilizo esta expresión para referirme a la indiferencia con la que aceptamos la diferencia naturalizando aquello que, después del nacimiento de la autoconciencia como universal que se opone y conserva la vida al mismo tiempo, se transforma en una mentira cuya verdad queda oculta, a saber: la violencia originaria de la cultura.

<sup>3</sup> “Se pueden mencionar tres tipos de estigmas, notoriamente diferentes. En primer lugar, las abominaciones del cuerpo –las distintas deformidades físicas-. Luego, los defectos del

volucionario de Marx consiste en suma en proponer, de un lado, que la fuerza por sí sola es la que regula, de forma exclusiva, los asuntos entre los hombres; de otro lado, que un día los débiles, sin dejar de ser los débiles, serían de todas formas, los más fuertes”. Pero en el pensamiento de Marx ¿quién es el débil y quién el fuerte? El que está dispuesto a morir es “amo”, “señor”. El que no acepta la muerte y se dobliga, es “esclavo”, “siervo”. Cambia su forma, achica su tamaño, acepta la sumisión. El amo lentamente se irá pudriendo por falta de fricción, de roce, si no está en guerra, “madre de todas las cosas”. En la paz prospera el siervo hasta llegar a ser burgués. El señor se arruina, en la paz, hasta ser un excluido. Florecientes esclavos burgueses, pobres soberanos indigentes. La fuerza del sistema es un tipo cuyo dominio pertenece a lo que no acepta perecer, una fuerza que domina obedeciendo, con la astucia de Ulises y no con el ímpetu de Aquiles, con inteligencia, cálculo, ciencia, técnica, con método, con rodeos. Lo que se ha liberado es lo prometeico, el dominio del mundo a través del trabajo. Mediante el arte de dominar obedeciendo, se ha levantado el hombre hasta liberar a Prometeo. El esclavo tiene la fuerza necesaria para servir, trabajar la materia y actuar como la bacteria catalizadora de la pudrición del amo<sup>4</sup>. No para suplantarlo, sino para dejar vacante ese lugar. La forma política que instaura la burguesía supera la relación

---

carácter del individuo que se perciben como falta de voluntad, pasiones tiránicas o antinaturales, creencias rígidas y falsas, deshonestidad. Todos ellos se infieren de conocidos informes sobre, por ejemplo, perturbaciones mentales, reclusiones, adicciones a las drogas, alcoholismo, homosexualidad, desempleo, intentos de suicidio y conductas políticas extremistas. Por último, existen los estigmas tribales de la raza, la nación y la religión, susceptibles de ser transmitidos por herencia y contaminar por igual a todos los miembros de una familia. Sin embargo, en todos estos diversos ejemplos de estigma, incluyendo aquellos que tenían en cuenta los griegos, se encuentran los mismos rasgos sociológicos: un individuo que podía haber sido fácilmente aceptado en un intercambio social corriente posee un rasgo que puede imponerse por la fuerza a nuestra atención y que nos lleva a alejarnos de él cuando lo encontramos, anulando el llamado que nos hacen sus restantes atributos. Posee un estigma, una indeseable diferencia que no habíamos previsto. Daré el nombre de *normales* a todos aquellos que se apartan negativamente de las expectativas particulares que están en discusión”. (E. Goffman, *Estigma o la identidad deteriorada*, Amorrortu, pp. 14 y s.).

<sup>4</sup> El esclavo sabe que si sobrevive y se reproduce, si se torna necesario, serán suyos la cuna, el nido, la semilla en el suelo donde germinarán los frutos que el amo se lleva a la boca, aunque no pueda nunca ocupar su lugar.

amo/ esclavo, señor/ siervo, por una nueva relación: gobernante/ciudadano. "Proteger al débil", es un mandamiento que pareciera provenir del mundo de la naturaleza, pero que no está en ella ni es posible deducirla de ella, sino que nace con la cultura y se desarrolla en la *polis*, en el Estado. La política del "fuerte" está ínsita en la fórmula kantiana "protejo, ergo obligo", al otorgar un fundamento a la legitimidad del orden coactivo que detenta cualquier grupo gobernante. Es por ello que el punto débil de esta forma de dominio radica en que la omisión de la función protectora, deja al descubierto sólo la función depredadora del Estado. Así, el fundamento de la obediencia tiende a extinguirse con la ausencia de protección expresándose como desobediencia civil, rebelión o incluso insurrección. Este dominio se apoya en la *ética de la subjetividad*, fundada en la voluntad y asentada en la forma contractual. De ahí que en ella prevalezcan las categorías del poder, el control técnico y la reificación. Es el fundamento ético del sistema capitalista. Siendo el punto de vista sistémico interno al sistema, la identidad es la conservación de este punto de vista, mientras todos los demás cambios son contingencias. Sistema es lo que se conserva mientras cambia. No es propiamente lo único que se piensa, sino lo que se hace pensar como Único.

### III. La guerra y la paz.

La lucha por el reconocimiento de las autoconciencias que agonísticamente se enfrentan en el duelo entre Settembrini y Naphta en "*La montaña mágica*", constituye una ocasión para pensar el desarrollo de esta dialéctica<sup>5</sup>. Settembrini, en las conversaciones, manifiesta sentimientos de superioridad respecto a Naphta en la forma de comentarios benevolentes y numerosos eufemismos. El pensamiento de Naphta es romántico, su pasión revolucionaria es de índole trágica y conservadora. Naphta es un ser estigmatizado corporal y espiritualmente (es "feo", "espantoso"). Naphta, en un supremo gesto se suicida otorgándole *seriedad absoluta* a lo que ha sucedido. En su debilidad, el pequeño, el feo, el horrible Naphta, encuentra su punto fuerte. Más que pensar a estos dos personajes como indivi-

<sup>5</sup> Acerca de estos personajes y el significado de lo que está en juego en el duelo, cfr. V. Vitiello, *Genealogía de la Modernidad*, cap. III, "Tomas Mann y Ernst Jünger: entre mito y abstracción". También Ricardo Forster en su tesis doctoral, aún inédita, trata el tema.

duos, tarea de la novela, la conciencia de Castorp (narrada a su vez por Mann) es el verdadero campo de batalla, de dos potencias, dos “masas éticas” en conflicto. Por la primera se da la *singularidad*, es lo que se da su propia ley, la soberanía de sí, el señorío, cuya fuerza es sagrada. Por la segunda se manifiesta la *individualidad*, lo que recibe una ley exterior, el sujeto de la ciudadanía, la servidumbre burguesa, que es fuerza profana. Hans Castorp es la conciencia desgarrada, en tensión por lo que podría provisoriamente designarse como lo débil (Naphta) y lo fuerte (Settembrini). El fuerte, Settembrini, descubre su punto débil. El es quien se doblega, el que se adapta, el que se somete. El romántico Naphta, mediante el sacrificio de sí, deja al enemigo iluminista perplejo frente a su nihilismo. Aquí hay dos leyes en conflicto: la ley del duelo a muerte que sostiene hasta el final Naphta y la ley que prohíbe matar (es decir que no acepta morir) que guía a Settembrini. Con su autoaniquilación Naphta se afirma a sí mismo (conciencia para sí) y prosigue su lucha por el reconocimiento en la conciencia de otro (Hans Castorp). Settembrini sobrevive, pero la fuerza de sus argumentos pierden todo encanto heroico. Naphta no tiene salida en este mundo, Settembrini no podrá superar lo meramente mundano.

Finalmente hay que decir que la polaridad espiritual que encarna Naphta se arruina en la paz. Sólo la guerra, anunciada en el siguiente capítulo de la novela con la expresión “trueno”, es el telón de fondo que sostiene el carácter trágico de una conducta que, de otro modo, es decir, en el marco de la paz, sería patética. Como dice J. Hyppolite en su estudio de la fenomenología hegeliana, “el camino del señorío es un callejón sin salida en la experiencia humana; en cambio, el camino de la servidumbre es el verdadero camino de la liberación”.

#### **IV. Hacia una ética de la responsabilidad.**

Tal vez lo otro del sistema, lo débil, encuentra alguna posibilidad de expresión en la *ética de la responsabilidad* fundada en el *temor a destruir lo sagrado*, como ha sido formulada por Hans Jonas: “sólo el miedo a profanar algo sagrado es independiente de los cálculos del temor a las consecuencias y del consuelo que proporciona la incertidumbre al saberlas tan lejanas”.

Lo sagrado para Simone Weil es algo que puede ser identificado “cada vez que surge del fondo del corazón humano la queja infantil que el mismo Cristo no pudo retener: ¿Por qué me hacen daño?... Puesto que si, como a menudo sucede, se trata solamente de un error, la injusticia consiste entonces en la insuficiencia de la explicación. Los que infligen los golpes que provocan este grito ceden a móviles diferentes según los caracteres y el momento. Algunos encuentran en ciertos momentos una voluptuosidad en ese grito. Muchos lo ignoran. Es que se trata de un grito silencioso que no suena sino en el secreto del corazón”. Expresión que señala que hay algo que “a pesar de toda la experiencia de crímenes cometidos, sufridos y observados, espera invenciblemente que se le haga bien y no mal”. “Es eso ante todo lo que es sagrado en cada ser humano”. Se trata de lo sagrado concebido no desde una eclesiástica, sino desde una visión que *retrocede*, en cada ser humano, hacia *lo impersonal*. Esta idea es la que expresa Simone Weil cuando reflexiona sobre “la persona y lo sagrado”, en un intento por encontrar las palabras adecuadas que aún no fueron halladas. La perplejidad que suscita la pregunta nos obliga a reconocer que, en última instancia, se trata de una cuestión ajena al reino de la naturaleza, algo propio de otra *región*. Quien profiere la exclamación “¡no es justo!” cree que hay algo, porque algo *debe* ocurrir. Es alguien que *espera* otra cosa.

Gustavo Cosacov